

A Su Excelencia
Cav. Galeazzo Ciano
De los Condes de Cortellazzo
Ministerio de los Asuntos Exteriores
ROMA

R. Embajada de Italia
N. 240/111

Salamanca, 12 Febrero 1937 XV

SECRETO

Señor Ministro,

El Señor Sangroniz, durante la visita que he realizado al Cuartel General, mientras me preguntaba mis impresiones sobre las zonas vascas que había atravesado, me ha dicho: la solución, necesariamente militar, de la increíble situación vasca, hará entender a los católicos de Bilbao que su alianza con los rojos constituye una grave mancha en la historia de la España Católica; y hará entender al Vaticano que, mientras nosotros resolveremos nuestras situaciones internas sin la ayuda de la Secretaria de Estado, será el mismo Papa, el que después va a necesitar a Franco para curar las heridas que la política de la Santa Sede acabará grabando en el alma del catolicismo español.

No ha sido difícil llevar a mi interlocutor, vasco y católico, a mayores clarificaciones, que llegaron a ser ásperos reproches hacia la Santa Sede y el Papa. No repetiré lo que el me ha dicho sobre los conocidos incidentes entre el Sumo Pontífice y el Marqués de Magaz; ni siquiera las apreciaciones hechas por Sangroniz sobre la frustrada tentativa del General Franco de conseguir una desaprobación de la Santa Sede a los Católicos vascos: todo eso está superado. Al contrario es nueva, quizás, la segunda parte de las recriminaciones del Jefe de Gabinete de Franco, que se demuestra hombre agudo, culto y apasionado por los intereses internacionales de España.

Sangroniz ha hecho un resumen de las políticas de la Santa Sede en España desde el final de la monarquía, considerando principal autor a Monseñor Todeschini: el atribuye al Vaticano preferencias secretas y no desinteresadas por la social-democracia de los últimos años, la cual -por insensibilidad política, por vileza moral y por orgánica disposición a los compromisos, también en las altas esferas de la política nacional- habría dejado a la Secretaria de Estado excesiva libertad en la gestión de sus intereses en España, donde la monarquía, aunque devota como era a la Santa Sede, y apoyada ella misma por el clero ponía sin embargo unos límites al poder de la Nunciatura y quería conservar intactas su prerrogativas en tema de nombramiento de obispos y de jerarquías eclesiásticas.

Sangroniz ha expuesto una serie de episodios, que podrían dar la impresión que, en los pocos años del régimen republicano, la Iglesia hubiera reconquistado algunas importantes posiciones, que la Monarquía (y sobre todo Primo de Rivera) le habían quitado o minado.

12.02.37 103 ASDMAE

Sangroniz cree poder incluso precisar que, por un lado la nunciatura recompensaba a la República de tantas liberalidades más o menos clandestinas, empujando hacia ella (vuelta a la clara política de “ralliement” pensada por León XIII in pro de la República francesa) las masas electorales españolas de las provincias más fieles al clero, mientras también la misma Nunciatura, sin que la República reaccionara, aunque dándose cuenta, procuraba en secreto, según Sangroniz, impulsar a los numerosos separatistas locales a través del clero de las regiones más caracterizadas en tal sentido.

Objetivo: favorecer las enucleaciones separatistas, que habrían más tarde dado a través del clero a la Santa Sede un poder siempre mayor sobre la República, y permitido un cuadro regional cada vez más orgánico a las fuerzas católicas, permitiendo gradualmente vulnerar la fuerza del Gobierno central a beneficio de la Iglesia.

Sangroniz afirma que el Vaticano ha hecho en España, durante la República, la política de “divide et impera” porque a la Santa Sede le parecen mejor las debilidades intrínsecas de un gobierno masónico, que la sincera benevolencia de un Gobierno católico pero celoso de la dignidad nacional.

Le salió fácil citar un ejemplo de prueba de su interpretación de la política de la Iglesia: la gran indulgencia de la política vaticana hacia la Francia laica y anticlerical, desde hace diez años hasta hoy.

He preguntado a Sangroniz si lo que me había dicho reflejaba su personal actitud crítica o si reflejaba el sentimiento del General Franco. Me ha contestado sin dudar que lo que me había dicho era la fiel exposición de la opinión que el General tiene de la política de la Iglesia hacia su País; el General está persuadido que la Santa Sede tiene en horror la hipótesis de un triunfo bolchevique en España, pero que también tiene temor a la formación de un fuerte gobierno nacional, que limitaría la influencia y las reivindicaciones de la Nunciatura.

Ha añadido que una parte conspicua del clero comparte el mismo pensamiento y está molestada contra la Santa Sede; la cual, según el, podría incluso hallarse un día en presencia de un fenómeno de desprendimiento de una parte del clero de las directivas de Roma, lo que ha ocurrido cuando excesivas intervenciones pontificias en la política de las naciones han incautamente llevado al clero al dilema entre Patria y religión.

Sangroniz concluyó que el General Franco hará todo lo posible para impedir que, entre las inevitables consecuencias de la profunda crisis nacional, haya de incluirse también un “asunto religioso”.

Resulta de hecho también por otra fuente que el General Franco trate de evitar una polémica pública con la Santa Sede, y de todas maneras es notorio en la España blanca que la consorte de Franco transcurre parte de su día entre curas y monjas, a los que dispensa dinero y favores; de alguna manera ella representaría, ante el General, diríase así, la asistencia de los jesuitas; quisiera añadir que los falangistas no ven con mucho gusto las relaciones entre la Señora Franco y una parte del clero, encima la consideran signo de las criticadas actitudes “reaccionarias” del Jefe actual del movimiento nacional.

Sangroniz, a mi pregunta, no puso objeciones a que yo informe a V. E. del estado de ánimo del General acerca de la Santa Sede; pero ruega calorosamente que absolutamente nada llegue al Vaticano, porque sería ahora inútil, desde su punto de vista es preferible que esta crisis se desarrolle en primer lugar plenamente, para poder después llegar a una solución pacífica y natural, favorable a los intereses de España y de la Iglesia.

Dado que el me había sustancialmente descrito, en un largo desahogo, un ejemplo muy típico de las relaciones entre la Iglesia y un Estado débil, le he dado a mi vez la descripción de algunas ideas generales acerca de las relaciones entre la Iglesia y un Estado fuerte, utilizando la experiencia conseguida que en tal sentido el Estado fascista ofreció a los católicos de todo el mundo desde 1929 hasta hoy, o sea desde la polémica que siguió a la firma del Concordato de Letrán hasta la solidaridad del clero italiano con el Duce durante nuestro conflicto con Inglaterra y Abisinia.

Rogando a Su Excelencia aceptar los actos de mi profundo obsequio

*Cantalupo*¹

1 CANTALUPO ROBERTO. Primer embajador de Mussolini ante Franco, desde enero de 1937. Su misión diplomática, por el atrevimiento de sus ideas, duró cincuenta días. En su libro de memorias, *Embajada en España*, el diplomático napolitano, expone su juicio sobre lo que estaba aconteciendo en España. Diplomático profesional, fue embajador así mismo en Egipto y Brasil.